

NAGISA TATSUMI

EL ARTE DE TIRAR

*Cómo liberarse de las cosas
sin sentimiento de culpa*



Duomo ediciones

Barcelona, 2016

Shinsou Zouhoban «Suteru!» Gijutsu by Nagisa Tatsumi

© 2005, Nagisa Tatsumi

Publicado originalmente por TAKARAJIMASHA, INC.

© 2016, de la traducción: Yasuko Tojo

© 2016, de esta edición: Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: mayo de 2016

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. del Príncipe d'Astúries, 20, 3º B. Barcelona, 08012 (España)

www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-16634-15-6

Código IBIC: DN

DL B 30140-2015

Composición:

Grafime

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

ÍNDICE

PRÓLOGO	
CÓMO EVITAR QUE SE ACUMULEN LOS OBJETOS	7
INTRODUCCIÓN	
¿QUÉ OBJETOS NOS CUESTA MÁS TIRAR Y POR QUÉ?	19
PRIMERA PARTE	
TÚ TAMBIÉN PUEDES TIRAR:	
Diez estados de ánimo que adoptar	
1. Prohibido decir: «De momento lo guardo»	41
2. Nada de «sitios provisionales»: decidid de inmediato dónde va cada cosa	47
3. «Algún día» no llega nunca	53
4. Lo que es «muy práctico» para algunos puede ser un estorbo para vosotros	59
5. No creéis un «santuario»	65
6. Usad todo lo que tengáis	71
7. No os fiéis de los «métodos de organización» ni de «los métodos de almacenaje»	76
8. Empezad pensando que «esto se puede tirar»	85
9. No temáis estar cometiendo una locura	89
10. No aspiréis a la perfección	95

SEGUNDA PARTE**ASÍ PUES... ¿TIRAMOS?**

Las diez técnicas que adoptar

1.	Tirad sin mirar	103
2.	Tirad al momento	107
3.	Tirad una vez que se supere una cantidad determinada	117
4.	Tirad una vez que transcurra un período determinado	122
5.	Tirad periódicamente	126
6.	Tirad también las cosas que no habéis usado a fondo	133
7.	Estableced «criterios para tirar»	140
8.	Cread muchos «destinos» para lo que tiráis	145
9.	Empezad por los rincones	150
10.	Repartid las funciones	155

TERCERA PARTE**LIBERARSE DE LAS COSAS DE FORMA**

AGRADABLE	161
------------------	-----

EPÍLOGO	177
----------------	-----

SOBRE LA AUTORA	179
------------------------	-----

GLOSARIO	181
-----------------	-----

Prólogo

Cómo evitar que se acumulen los objetos

Vivimos rodeados de objetos

Actualmente tenemos una necesidad imperiosa de tirar. Vivimos rodeados de objetos y, por más que los tiremos, no dejan de aumentar. En el trabajo se amontonan los documentos y, en casa, no tenemos lugar para almacenar cosas. Vivimos en espacios pequeños que al acumular objetos se reducen aún más. Somos conscientes de que hay que hacer algo. Estoy convencida de que somos muchos los que sentimos la liberadora tentación de tirarlo absolutamente todo.

Fue en los años noventa, cuando empezó a introducirse en Japón la tendencia ecologista, basada en el respeto al medioambiente, el reciclaje y la voluntad de reducir la producción de residuos. Aún hoy, además, seguimos notando los efectos de la última crisis económica: desde la reestructuración de las empresas, cuyas principales víctimas han sido los trabajadores, hasta la quiebra y cierre de supermercados y grandes almacenes; también por la reducción del gasto de las familias. Ya no podemos permitirnos comprar cosas innecesarias.

Sin embargo, continuamos rodeados de objetos. ¿Cuál es la causa? ¿Por qué no disminuyen?

Pensémoslo detenidamente. Si sabemos que al tirar nos sentimos liberados, ¿por qué continuamos acumulando objetos? ¿Por qué cuando tiramos algo nos remuerde la conciencia?

«No querer tirar» y «seguir comprando» son las dos caras de una misma moneda

Antiguamente los objetos eran muy preciados. Hasta no hace mucho, antes del actual estilo de vida caracterizado por la producción en serie y el consumismo masivo, los objetos eran tratados con el mayor cuidado mientras resultaran utilizables. Cuando su función original ya no era posible, se reutilizaban para otros fines hasta que, una vez utilizados, se tiraban. Lo mismo ocurría con la comida, pues nos habían educado para comer sin dejar ni un solo grano de arroz en el plato. Los objetos se tiraban únicamente al terminar su vida útil, momento en el cual se adquirirían otros. Por eso, evitar el desperdicio se consideraba una virtud. Pero las cosas han cambiado.

Con el crecimiento de la economía, aparecieron nuevos aparatos electrónicos que se vendían por el mero hecho de ser «nuevos». Y puesto que «nuevo» era sinónimo de bueno, lo «viejo» se iba abandonando sin remordimientos. Fuimos llenando nuestras vidas con estos novedosos productos porque eran prácticos y tecnológicamente innovadores y, además, estaban de moda. A finales de los años 80, durante la época de la burbuja económica, los grandes almacenes Seibu acuñaron el eslogan «lo quiero porque quiero». Y por mucho que ya poseyéramos todos los objetos necesarios, lo que queríamos era comprar.

De esta manera, nos hemos ido acostumbrando al consumo y no hemos sido capaces de resistirnos, cautivados por la fascinación que ejercen los bienes materiales. Se puede afirmar que nuestra modalidad de consumo no se ajusta al banal «lo quiero porque lo necesito», sino más bien al «quiero una cosa por el mero placer de comprarla». En consecuencia, los objetos aumentan mucho más rápido de lo que se consumen. Y el resultado es que nuestra vida se ha llenado de cosas.

En cierto modo, el paso de la época en que los objetos eranpreciados a otra en que nos invaden, ha sido demasiado repentino. Nos encontramos ante un conflicto: por un lado seguimos aferrados a la vieja escuela de pensamiento según la cual no se podía tirar nada y, por el otro, a la nueva tendencia de acumular objetos.

Sí a tirar

Tenemos que solucionar este dilema de algún modo. Tal y como están las cosas, da igual el tiempo que pase: no conseguiremos liberarnos fácilmente del hechizo de los objetos.

¿Es posible que la manera de liberarse del hechizo sea cuidar de los objetos y dejar de comprar cosas innecesarias, como dicen los ecologistas y los partidarios de llevar una vida más austera? Yo no lo creo así. Dejar de comprar para evitar que aumenten las pertenencias me parece demasiado triste. Evidentemente si dejamos de adquirir objetos, tarde o temprano disminuirán y nos sentiremos aliviados. Pero dudo que un estilo de vida así resulte divertido, a menos que estemos hablando de una persona muy estoica. O eso pienso yo, al menos.

Tener aquellas cosas que deseamos es divertido, llevar ropa nueva nos hace sentir bien. Aunque tengamos la televisión o el periódico a mano, queremos leer revistas. No sé qué puede tener de bueno no comprar estos utensilios de cocina que tengo ante mis ojos y que tanto deseo. Quizá la economía familiar lo agradezca, pero mi vida será más aburrida.

¿No habrá un modo que me permita vivir a mi manera, de forma divertida y sin reparos, sin tener que preocuparme por no desperdiciar o acumular cosas?

La respuesta que propongo en este libro consiste en aprender a tirar. Para mejorar esta situación en la que vivimos, rodeados de objetos, lo primero que tenéis que hacer es empezar a tirar. No os dejéis llevar por la idea de que tirar es «un desperdicio», pues el hecho de tirar os ayudará a analizar el valor de las cosas. Al plantearos por qué poseéis un objeto, os daréis cuenta de que además de porque «no hay que desperdiciar», existen otros motivos que os atan a ellos. Al decidir qué objetos debéis tirar, os daréis cuenta de cuáles debéis conservar. Y así, precisamente, es como conseguiréis controlar los objetos que llenan vuestra vida.

Aprender a tirar mejora la vida

Para empezar a tirar debéis replantearos el modo en que hasta ahora habéis poseído los objetos. Por ese motivo, en la primera parte presento, a lo largo de diez capítulos, los diez estados de ánimo necesarios para empezar a tirar.

Con esto no estoy diciendo que debáis cambiar la que ha sido hasta ahora vuestra manera de pensar. Tan

sólo que si tenéis algún prejuicio o alguna preocupación que os impide tirar, es posible cambiar la mentalidad. Si cambiáis un poco vuestro modo de pensar, tal vez dejéis de ser esclavos de los objetos. Tan sólo debéis incorporar a vuestra vida cotidiana la disposición de ánimo que consideréis conveniente.

En la segunda parte, y a lo largo de otros diez capítulos, nos centraremos en las técnicas que se emplean para tirar. Al igual que en la primera parte, esas diez técnicas no son más que consejos que podéis adaptar, según vuestras exigencias. Si incorporáis al menos una técnica a vuestra rutina, empezaráis a notar una considerable mejoría.

En la tercera parte he reunido información que facilita la tarea de tirar. Espero que os sea de utilidad.

Sin entrar en detalles sobre los veinte aspectos que aquí se tratan, lo cierto es que el «arte de tirar» es de lo más sencillo. Se trata tan sólo de tomar conciencia de lo que hasta ahora habéis hecho de forma inconsciente y de aprender a poseer las cosas como parte de la vida. En eso consiste básicamente este libro.

«Qué desperdicio...»

Los objetos cobran vida cuando los usamos. Si nos limitamos a conservarlos para «no desperdiciar», estaremos dejando que agonicen. Conservad lo que usáis, tirad lo que ya no tiene utilidad. Rompiendo la inmovilidad conseguiréis ver el verdadero valor de las cosas.

La relación entre los objetos y el respeto al medioambiente

Entre la primera edición de este libro (año 2000) y la actual edición (año 2005), se ha producido un cambio decisivo. Me refiero a que la conciencia medioambiental ha dejado de ser mera «conciencia» y se ha convertido en un modelo de «estructura social».

Se han implementado los sistemas de reciclaje, se ha consolidado la venta de objetos de segunda mano, ya sea real o virtual, y han aumentado los productos medioambientales económicos y de buena calidad, como los coches híbridos que emplean nuevas tecnologías y los productos restaurados. Aunque no todos tengamos conciencia medioambiental, podemos llevar una vida que sea respetuosa con el medioambiente.

A pesar de ello, ¿se ha reducido la cantidad de basura durante este período? ¿Hemos dejado de acumular objetos en nuestros hogares?

En mi opinión, no. Seguimos produciendo la misma basura, en las tiendas de segunda mano se amontonan los objetos y no dejan de aumentar los programas de televisión, así como los artículos de revistas, que dan consejos sobre cómo poner orden en nuestra vida.

Si de verdad tuviéramos conciencia medioambiental, a nivel personal y social, deberíamos haber notado ligeros cambios en nuestra vida: los objetos no deberían aumentar y nuestros hogares deberían estar más despejados. Pero si no es así, no se debe a que no seamos lo suficientemente conscientes sino a que la relación que mantenemos con los objetos, aunque lo parezca, no tiene nada que ver con la conciencia medioambiental.

La conciencia medioambiental no resuelve nuestros problemas

Huelga decir que los problemas medioambientales conciernen a mecanismos globales que atañen a Japón y a todo el mundo. Hablar del aumento de la entropía o comparar los agravios medioambientales se aleja demasiado de nuestra vida cotidiana. Es difícil que la mirada global de un dios y la mirada limitada de una hormiga coexistan en nuestra vida cotidiana. Poco podemos hacer en nuestro día a día para solucionar el agotamiento de los combustibles fósiles o el aumento del agujero de la capa de ozono, si ni siquiera los científicos que investigan esas cuestiones lo saben.

La conciencia medioambiental que podemos aplicar a nuestra vida cotidiana consiste en cosas que están a nuestro alcance, como por ejemplo no tirar basura a la calle ni al campo, no tirar leche por el desagüe, cuidar las cosas que aún se pueden usar, no dejar la luz encendida, no consumir bolsas de plástico, comprar productos ecológicos...

No es mi intención abordar los problemas medioambientales. No hay duda de que de ahora en adelante debemos construir la sociedad teniendo en cuenta la ética ambiental. Como individuos, es preferible que demos interés y conozcamos los problemas medioambientales, en lugar de mantenernos al margen e ignorarlos.

No es éste el asunto que quiero debatir. Tan sólo quiero decir que como individuos no podemos abarcar los problemas medioambientales. Y por más conscientes que seamos en nuestra vida cotidiana, no lograremos solucionar el problema de la basura ni tampoco la

sobreabundancia de nuestra sociedad y de nuestros hogares.

Cambiar la relación con los objetos

La conciencia medioambiental es efectiva como norma de vida. Pero si lo que queremos es solucionar la sobreabundancia de objetos en nuestra vida cotidiana, debemos cambiar «la relación que establecemos con los objetos» que tenemos delante.

Hasta ahora nuestra relación con los objetos consistía en incorporar cada vez más objetos a nuestra vida y acumularlos para «no desperdiciar». La sobreabundancia se debe a que pensamos que es mejor tener muchas cosas.

Pero... ¿y si en lugar de eso nos planteásemos si realmente necesitamos o vamos a usar un objeto en concreto? Caeremos en la cuenta de que es mejor desprenderse de lo que no se quiere y en eso consiste, precisamente, el «arte de tirar». Si somos conscientes de que no necesitamos poseer lo que no queremos, sabremos valorar lo que tenemos.

No es necesario pensar de buenas a primeras que debéis conformarnos con pocas cosas, o que si cuidáis los objetos seréis respetuosos con el medioambiente. Debéis seleccionar uno a uno los objetos que os rodean y plantearos si son necesarios o no, si podríais tirarlos. Debéis hacer, pues, una selección de lo que queréis conservar y de lo que queréis tirar. Poco a poco los objetos que se amontonaban a vuestro alrededor irán disminuyendo hasta la medida justa y viviréis en armonía con el medioambiente.

Cuando «no desperdiciar» es un obstáculo

Creo que el término japonés que equivale a «no desperdiciar» (*mottainai*) conlleva cierto riesgo.

Mottainai significa literalmente «perder un objeto», lo cual no es bueno, es doloroso. Me parece entrañable que los japoneses utilicen sinceramente esta palabra a diario. Nace de la idea de que todos los objetos tienen alma, sentimiento que ha dado lugar a una palabra única. Yo también enseñé a mis hijos que no hay que dejar comida en el plato para «no desperdiciar».

Pero a veces, este concepto actúa como obstáculo ante la pregunta «¿Realmente necesito esto?». El hecho de conservarlo y de no tirarlo nos hace caer en la ilusión de que, de este modo, no estamos desperdiciando.

Creo que utilizar un objeto es el mejor modo de cuidarlo. Si con el pretexto de «no desperdiciar» dejamos que un objeto acumule polvo, no lo estamos cuidando.

Para «no desperdiciar» dejamos los obsequios en el fondo del armario. Para «no desperdiciar» dejamos que la comida se vaya pudriendo en la nevera. Para «no desperdiciar» acumulamos cada Año Nuevo montones de *fukubukuro* de los grandes almacenes. Para «no desperdiciar», nos ponemos a vender objetos de segunda mano que acabarán en la basura porque nadie los compra.

Espero que el «no desperdiciar» no se convierta en un concepto universal si pensamos que al no tirar las cosas estamos cuidando de ellas.

Pero precisamente porque no queréis desperdiciar, debéis pensar si esas cosas son o no realmente necesas-

rias. Si son necesarias, usadlas. Si son viejas, pensad en el modo de sacar provecho hasta el final y, por último, tiradlas. Ésta es la manera de «no desperdiciar».

En primer lugar, dejad de guardar cosas con el pretexto de «no desperdiciar». Debéis examinar atentamente cada objeto y preguntaros si vais a usarlo o si podéis tirarlo. Y, de este modo, estableceréis una relación favorable con los objetos en la que «no desperdiciaréis».

El reciclaje comienza por un modo consciente de tirar

Se dice que la sociedad del período Edo era una sociedad de reciclaje. Se cree que antiguamente los objetos eran tratados con cariño y eran reutilizados hasta el final. Posiblemente, el concepto de «desperdicio» conlleva esta imagen del pasado.

Evidentemente, no sé cómo vivían las gentes de la antigüedad, pero creo que sería más acertado decir, en lugar de «reciclar bien», «tirar bien», pues lo hacían en virtud de sus necesidades cotidianas.

Si las letrinas se llenaban de excrementos, los campesinos las vaciaban. Si se acumulaban papeles viejos y harapos, se llamaba al traperero para que los comprara. Si había por allí un tonel viejo sin dueño, se vendía para que dejara de estorbar.

El hecho de que no pasara el camión de la basura, como en la actualidad, debió de ser un factor determinante. Si las cosas se dejaban en el punto de recogida más cercano, no desaparecían de la vista, por lo que había que actuar de forma más dinámica para resolver el problema de «apartar algo de la vista», es decir, tirarlo.

Lógicamente, queremos liberarnos de lo que no nos sirve. Y si tiramos algo, es mejor encontrar la forma de hacerlo bien y de la manera más sencilla posible. Si, además, se puede hacer con lo que ya no sirve, mejor que mejor. Sin duda, fueron los conocimientos propios de este estilo de vida los que contribuyeron espontáneamente a la creación de los mecanismos de reciclaje.

Vivir según nuestro estilo de vida

¿Es cierta la imagen de que antiguamente los japoneses trataban un objeto con sumo cuidado durante toda la vida? Por ejemplo, hay quien asegura que en Japón existe el «fantasma del desperdicio». Pero, de hecho, el «fantasma del desperdicio» apareció en un anuncio televisivo lanzado por el Consejo de Publicidad de Japón (AC, siglas en inglés de Advertising Council) en el año 1982. Aunque la historia se cuenta como si fuera una fábula, no se trata de ningún espíritu perteneciente a la mitología japonesa. Por otro lado, en la mitología japonesa existe un espíritu llamado Tsukumogami. Es un espíritu travieso que habita en los objetos viejos olvidados. Vendría a ser el «fantasma del no me abandones».

Yo también tengo la sensación de que las personas, en otros tiempos, sentían más remordimientos que hoy en día a la hora de tirar objetos. Precisamente porque creían que los objetos albergaban un espíritu, no desperdiciaban nada dejándolo sin utilizar. Es más, cuando quedaba inservible se tiraba de manera ceremoniosa, como en el caso del ritual del Harikuyo, el tributo a las agujas rotas.

Por eso mantengo mis convicciones. «Tirar regularmente» es el primer y definitivo paso. Actualmente, ten-

demostramos a creer que podemos solucionarlo todo haciendo las cosas a nuestra manera, pero no debemos olvidar que las soluciones deben ser realistas, tal y como ocurría antiguamente.

Por encima de todo, uno debe vivir según su propio estilo de vida y esforzarse por llevar una vida llena de alegría y serenidad.

No pasa nada si compramos un electrodoméstico de bajo consumo no porque sea más ecológico, sino por la sencilla razón de que ahorraremos en la factura de la luz. Tampoco pasa nada si a la hora de ir a comprar nos llevamos una bolsa reutilizable porque no queremos que se nos llene la casa de engorrosas bolsas de plástico. Porque, de un modo u otro, se establece una relación entre esas decisiones y una sensibilidad creciente hacia la protección del entorno.

Introducción

¿Qué objetos nos cuesta más tirar y por qué?

¿Por qué nos cuesta tirar?

¿Qué me llevó a escribir sobre la necesidad de tirar? El motivo fue algo que ocurrió a finales de año.

De vez en cuando me reúno con compañeros del mundo editorial para intercambiar información. En una de esas reuniones, lo que empezó como un comentario trivial se transformó en una animada conversación. El comentario en cuestión era el siguiente: «Se acerca la limpieza general de fin de año y no sé qué hacer con todos los libros y revistas que he ido acumulando por el trabajo. Los guardo como documentación, pero tengo las estanterías a rebosar».

Uno tras otro, coincidimos en que era un problema y fuimos añadiendo comentarios del tipo «yo tampoco sé qué hacer» o «no tengo ni idea de cómo ordenar todos los documentos que he ido acumulando». Se propusieron soluciones como guardarlos en cajas de cartón, recortar los artículos propios y guardarlos en archivadores, o incluso alquilar un almacén. Medio en broma, fuimos comentando nuestras penas pero lo cierto era que nadie sabía qué hacer con este problema. Todos habíamos caído en la misma trampa: ¿por qué no se pueden tirar las cosas?

Todas las soluciones propuestas consistían en métodos de almacenaje. A alguien incluso se le había ocurrido la idea de archivar aquellos documentos reduciendo la cantidad, pero... ¿por qué nadie propuso tirar aquellas cosas, si de verdad creaban tantos problemas?

Sobreabundancia de objetos

A raíz de esta conversación empecé a pensar que tal vez no era un problema que nos afectaba exclusivamente a mis compañeros y a mí, ni a este trabajo, sino que se trataba de un fenómeno que afectaba a toda la sociedad japonesa. Japón continúa desarrollándose económicamente y nos hemos acostumbrado a la producción en serie y al consumismo masivo. Nos hemos acostumbrado a comprar y a acumular. Todos somos expertos en el arte de comprar y acumular. Como consumidores, nos hemos vuelto más exigentes y sabemos exactamente lo que queremos.

Y eso ha dado lugar a un exceso tal de bienes materiales, que tenemos continuamente la sensación de que algo no encaja.

Pondré el ejemplo de la comida. Debido a su constitución física, el ser humano, por norma, tiene hambre. Los animales siempre están buscando alimento. Los herbívoros se pasan el día comiendo hierbas de bajo poder nutritivo mientras que los carnívoros deben perseguir a sus presas. Una vez logran cazar una presa, comen hasta la saciedad y descansan hasta que vuelven a tener hambre.

El hambre forma parte de la naturaleza. Por eso, el cuerpo de los animales dispone de mecanismos para

enfrentarse a él, como el sonido de las tripas o un dolor en el vientre.

Sin embargo, sólo la especie humana tiene tendencia a comer más de lo que necesita. A pesar de estar rodeados de alimento, debemos controlar las comidas y los nutrientes que ingerimos, pues si bien nuestro cuerpo es capaz de reaccionar cuando tiene hambre, no emite ninguna señal que indique que se está comiendo demasiado. Podemos tener el estómago lleno, pero si nos apetece algo o nos entra por la vista seguimos comiendo; si llega la hora de comer, comemos sólo porque es la hora, y así siempre.

¿Se puede comparar el actual problema de la sobreabundancia de objetos con el comportamiento ávido del ser humano ante los alimentos? Por más nutritiva y gustosa que resulte una comida, la cantidad de alimentos que puede ingerir un cuerpo humano tiene un límite que no debería superarse. Y del mismo modo, por más práctico, valioso o útil que pueda ser un objeto, no debemos acumular más de lo necesario a nuestro alrededor. Cuando acumulamos en exceso, la sensibilidad humana no emite ninguna señal para advertirnos.

Poseer objetos forma parte de la naturaleza humana

Para empezar, ¿por qué tenemos la necesidad de poseer cosas?

La respuesta es simple cuando hablamos de comida. El organismo obtiene una sensación de saciedad y placer cuando satisface el apetito, el deseo sexual o el sueño. Pero respecto a la posesión de objetos, tengo la

sensación de que nuestra existencia está ligada al afán de posesión.

Las «cosas» no son meros objetos, sino que desde el momento en que las poseemos llegan a formar parte de nosotros. En esto se basa la sociedad de consumo: poseer las cosas que deseamos nos hace sentir realizados. Por el contrario, si perdemos algo que ya teníamos sentimos un dolor similar al de quien pierde una parte de sí mismo. Por ejemplo, cuando los niños pequeños empiezan a tomar conciencia de sí mismos, acaparan sus juguetes y no quieren compartirlos. Luego empiezan a darse cuenta de las cosas y aprenden a jugar con sus amigos o a prestar juguetes a sus hermanos pequeños.

Posiblemente, al convertirnos en adultos aprendemos a racionalizar y ocultar este instinto, pero ese sentimiento nos acompañará toda la vida. Siguiendo ese instinto, en lugar de tirar las cosas viejas, las acumulamos y al mismo tiempo compramos otras mejores. ¿Ésa es una forma natural de actuar?

En el fondo, todos somos conscientes de que la actual situación de sobreabundancia no es natural. De ahí surge el interés por los problemas medioambientales y la austeridad. Sin duda, resulta positivo para el medioambiente y para la economía familiar vivir sin desperdiciar y limitar nuestro consumo al mínimo indispensable. Y, sin embargo, ese cambio de actitud parece imposible.

¿No sería mejor admitir que el hecho de poseer algo, de querer tener algo, forma parte de la naturaleza humana y como tal es irremediable? ¿No deberíamos pensar, en cambio, que lo que hay que modificar es ese afán de querer seguir poseyendo objetos de forma irresponsable?

La elección de tirar

Debemos dejar de adquirir y guardar cosas de forma indiscriminada y reflexionar, en cambio, sobre por qué las tenemos. Para ello debemos cambiar radicalmente de mentalidad y, con el objetivo de prepararnos de una vez por todas para tirar, lo primero que tenemos que hacer es aprender algunas técnicas imprescindibles.

Tirar no consiste en arrojarlo todo a la basura sin más. Y precisamente porque no consiste sólo en eso, surgen dudas como las que expresaban mis amigos y que os he transmitido un poco más arriba. Dudas aparte, si hacemos una selección de lo que poseemos, deberíamos ser capaces de comprender lo que realmente necesitamos para vivir. Y después de haber tirado todo lo que no sirve, adoptar un estilo de vida enfocado al ahorro y al reciclaje –es decir, comprar sólo el mínimo indispensable y pensar en la protección del medioambiente– nos será de gran ayuda a la hora de gestionar los objetos que poseemos.

Llegados a este punto, quizá ya estéis convencidos de que queréis empezar a tirar. Pero puede plantearos dificultades el hecho de no saber cómo ni por dónde empezar, de modo que vuestras intenciones tal vez acaben quedándose en agua de borrajas.

Pero para que no desistáis, os contaré mi propia experiencia. Seguidamente os facilitaré una serie de datos estadísticos que yo misma he recopilado y que ilustran los casos más comunes. Y posteriormente, a partir del próximo capítulo, analizaré los estados de ánimo y las técnicas que hay que adoptar para conseguir tirar.

Tirar antes de una mudanza

Personalmente, han sido muchas mudanzas que he realizado las que me enseñaron la importancia de tirar. Tras vivir con mis padres, a los veintiséis años me independicé y me fui a vivir a un diminuto apartamento de seis tatamis por tres, con lavabo pero sin bañera. Después me mudé a un piso de dos habitaciones con cocina y comedor y, posteriormente, a una casa de dos habitaciones en un barrio residencial, con cocina, comedor y sala de estar. Tras vivir tres mudanzas en tres años, me casé y volví a mudarme. Por aquel entonces alquilé una casa con tres habitaciones y cocina, además de un apartamento en el que trabajaba. Pero al cabo de poco nos compramos una casa y resultó que me había mudado cinco veces en ocho años.

La primera revelación me llegó cuando me independicé. Dado que me mudaba a un apartamento muy pequeño, decidí llevarme únicamente lo imprescindible.

Con el escaso presupuesto del que disponía alquilé un camión de mudanzas de dos toneladas. Mientras seleccionaba qué iba a llevarme, me di cuenta de que no necesitaba aquellos libros que creía imprescindibles, ni aquellos objetos de recuerdo que tenían cierto valor sentimental. Ni siquiera los muebles.

A diferencia de mi ordenadísimo pisito, al que había llevado sólo lo que consideraba imprescindible, en la casa de mis padres apenas se notó el cambio. En aquella ocasión lo único que hice fue dejar allí las cosas que podría haber tirado sin el menor remordimiento.

Después, cada vez que me mudaba mis pertenencias aumentaban. Sin embargo, y dado que ya empezaba a